Apología — Robert Barclay —324-328

la predicación

extracto de la Proposición XI § xviii, xix, xx

§ xviii. Tanto los papistas como los protestantes usan la palabra "predicación" para dar a entender que un hombre escoge alguna parte o versículo de la Escritura y habla sobre ese texto durante una o dos horas. Lo que dice es lo que ha estudiado y pensado de antemano en su estudio, y lo que ha cosechado de sus propias invenciones o de los escritos y comentarios de otros. Una vez que lo ha memorizado lo saca y lo repite ante la gente, como un escolar recitando su lección. Cuanto más fuerte y fértil sea su facultad de invención, cuanto más se esfuerce para recoger los comentarios de otros, tanto más se considera un predicador capaz y excelente, si puede declamar estas cosas con elocuencia humana en un excelente estilo de oratoria.

Oponiéndonos a esto, creemos que cuando los santos están reunidos y todos están recogidos al Don y a la Gracia de Dios en su interior, la persona que ministra, movida por la Gracia alzándose en su interior, debe decir lo que el Espíritu de Dios le suministra sin considerar elocuencia ni sabiduría de palabras, sino sólo dando a conocer el Espíritu y el poder, o interpretando alguna porción de la Escritura si el Espíritu, buena ayuda a la memoria, le dirige hacerlo, o de otra forma hablando palabras de exhortación, consejo, amonestación e instrucción, o narrando alguna experiencia espiritual. Todo esto estará en armonía con la Escritura, aunque quizás no esté basado en un capítulo o versículo específico como base textual.

Consideremos cuál de estos dos tipos de predicación armoniza más con los preceptos y la práctica de Cristo y sus apóstoles y la iglesia primitiva plasmados en la Escritura. No criticaríamos la predicación basada en un texto si es suscitada por la moción inmediata del Espíritu y no es

elaborada y planeada de antemano como mera costumbre. Según entiendo yo, no existe en el Nuevo Testamento ni precepto ni práctica como parte de la adoración allí establecida para hacerlo como ellos lo hacen.

Objeción: Pero ellos alegan que Cristo tomó el libro de Isaías y leyó una porción y habló de eso, y que Pedro predicó basándose en una frase del profeta Joel.

Respuesta: Respondo que Cristo y Pedro hicieron eso sólo cuando el Espíritu de Dios les movió e inspiró directamente a hacerlo, sin premeditación. Por lo tanto lo aprobamos y supongo que nuestros adversarios no lo negarán. Pero eso no tiene nada que ver con discursos* planificados de antemano sin esperar las mociones y guianzas del Espíritu. Ni Cristo ni Pedro hicieron esto como una costumbre o forma establecida que todos los ministros de la Iglesia deben practicar constantemente. Esto queda patente porque la gran parte de los sermones de Cristo y de sus apóstoles plasmados en la Escritura no se hacían de esta forma, como por ejemplo en el Sermón del Monte de Cristo (Mateo 5:1 etc.; Marcos 4:1 etc.) y en la predicación de Pablo a los atenienses y a los judíos, etc....

§ xix. Segundo, tomando en cuenta que ellos también afirman que personas malvadas o vacías de la gracia verdadera a menudo practican este estilo de predicación que se usa hoy en día,* tal predicación no puede edificar a la iglesia ni puede engendrar ni nutrir fe verdadera. Es más, resulta destructiva para la iglesia, por ser absolutamente contraria a la naturaleza del ministerio cristiano y apostólico mencionado en las Escrituras. El apóstol predicó el evangelio "no con sabiduría de palabras, para que no se vaciara el poder de la cruz de Cristo" (I Corintios 1:17). Pero esta manera de predicación no se hace por los impulsos y mociones del Espíritu de Dios sino por la invención y la elocuencia humana, por la voluntad del hombre mismo y por su natural y adquirida fuerza* y

erudición. Esto es la sabiduría de palabras que vacía el poder de la cruz de Cristo. El apóstol no hablaba ni predicaba "con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y poder," para que la fe de los oyentes "no esté fundada en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios" (I Corintios 2:3-5). De verdad* esta manera de predicar no tiene nada del Espíritu y poder; tanto los predicadores como los oyentes confiesan que no esperan* tal cosa ni lo sienten con frecuencia. Necesariamente depende en palabras persuasivas de humana sabiduría, puesto que lo buscan por la mera humana sabiduría y lo predican por la mera fuerza de la persuasión y la elocuencia humana. Por lo tanto no es nada sorprendente si la fe de aquellos que escuchan y dependen de tales predicadores y tal predicación se basa en la sabiduría humana y no en el poder de Dios. Los apóstoles declararon que "no hablaban con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu" (I Corintios 2:13). Estos predicadores admiten que son forasteros ante el Espíritu Santo y sus mociones y procesos, y que no esperan sentirlo, y por eso hablan en las palabras que su propia sabiduría natural y erudición les enseñan, añadiendo y mezclando las palabras que roban de la Escritura y de otros libros, y por lo tanto no hablan lo que el Espíritu Santo enseña....

§ xx. *Objeción*: Quizás algunos objeten de esta manera: ¿No es cierto que muchos han recibido beneficio, es más, no han sido muchos convertidos y edificados por el ministerio de los que premeditaron su predicación? Además, ¿no es cierto que con su influencia divina el Espíritu ha coincidido con la predicación preparada de antemano, hasta penetrar con poder en el alma de los oyentes para su provecho?

Respuesta: Respondo que no niego tal cosa, pero aun así eso no implica que la cosa sea buena en sí, al igual que no fue bueno que Pablo hiciera ese viaje a Damasco para

perseguir a los santos porque en el camino Cristo se le apareció y convirtió su alma. De la misma manera, las acciones específicas, o aun congregaciones enteras (como dijimos antes) no deben juzgarse por las acciones de la condescendencia de Dios en tiempos de ignorancia.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition XI § xviii, xix (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 324-328 y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 248-251.